

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Lorca, mes. . . 0,40 pesetas.
Fuera » . . . 0,50 »

EL OBRERO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Corredera, 54.

No se devuelven los originales.

SEMANARIO INDEPENDIENTE
ORGANO DEL CENTRO OBRERO

UNO PARA TODOS

SE PUBLICA LOS JUEVES

TODOS PARA UNO

LAS ELECCIONES

Muy malas son nuestras leyes políticas; pero hay en nuestra política algo muchísimo peor que las leyes. La ley es mala, pero los usos, prácticas y aplicaciones que de la ley se hacen son pésimos.

Aunque con timidez cobarde, la ley política tiene al fin sus muestras, pujos ó vislumbres de democracia; los hábitos políticos son absolutismo neto. Absolutismo repartido entre todos los mandarines, altos y bajos; absolutismo de ministros, gobernadores, alcaldes y hasta pedaneos; absolutismo de caciques... El más ruin de todos.

Mal que bien, la ley parece que quiere auparnos para que nuestros ojos rebasen la línea de los Pirineos y vean á Europa: la costumbre nos hunde y nos vuelca en Marruecos.

Cuarenta y tantos años hace que es por la ley obligatoria la enseñanza primaria en nuestra Nación; mas ya se ha visto que enseñanza obligatoria sin escuelas ni maestros no era posible.

Se promulgó la ley del Jurado y el Jurado no es hoy, por regla general, la función augusta de rectos ciudadanos que administran justicia; suele ser manantial de repugnantes favores, y aun á veces mercado donde una gavilla de truhanes ofrece por dinero la impunidad.

Propende la ley á dotar de amplia libertad á la cátedra universitaria, y el ultramontañismo negro que ha invadido nuestras Universidades persigue con saña feroz á las inteligencias nuevas que se abren á la luz de la civilización.

Y así sucede en todos los órdenes de la vida pública, así ocurre también en el orden electoral. En los procedimientos elec-

torales es donde la inmoralidad rebasa el colmo, donde la ley es más brutalmente violada y escarnecida, donde el caciquismo hace mayores alardes de cínico impudor, donde la coacción se muestra más ruda y bárbara, donde el pillaje de blusa ó de levita se suelta como una ola rugiente y destructora sobre el pueblo. ¡Ay! ¡Cuántas veces el elector honrado é independiente ha visto suplantado en las urnas su derecho! ¡Cuántas veces nuestros pueblos dóciles ven abrirse sus arcas municipales y salir de ellas el dinero que pagó por consumos el campesino y el obrero, para dilapidarse en borracheras electorales!

No es extraño el desvío que ha separado siempre á nuestras clases trabajadoras de las elecciones. El espectáculo de una elección, tal como ordinariamente se realizan, produce náuseas al estómago más firme.

Así, entre el desafuero caciquil y la pasividad del pueblo, se amaña la farsa de todas las representaciones, que comienza en la falsificación del censo y termina en el pucherazo. Así son mentira los Municipios, mentira las Diputaciones, mentira los Parlamentos. Y los hábiles medran, y la Nación se empobrece y muere.

¡Ah! Cuando consideramos que bajo la escoria miserable de los danzantes políticos hay en España un pueblo de alma grande, de corazón inmenso, de infinitas energías aquietadas por una enervación desconsoladora; cuando pensamos que un solo desperezamiento del león dormido haría temblar y huir al zorro que bule y escarba, maldecimos mil veces nuestra mala ventura y abominamos este fúnebre *statu quo* que hace á los fuertes débiles y á los débiles fuertes.

¡Las elecciones! El día en que dejen de ser una comedia san-

grianta, el día en que expresen fielmente la voluntad de los electores, el día en que las masas populares ejerciten con el tesón debido su derecho electoral, ese día podemos asegurar que España no muere. que España no desaparece, podremos decir que España resucita.

Los cambios al 43 por 100

Realmente es escandaloso que sin más causa que justifique el elevado tipo de los cambios, que el agio de la alta banca y el privilegio de los que cobran en oro, se sostenga esa calamidad nacional.

Es creencia muy generalizada que la elevación de los cambios perjudica solamente á comerciantes é industriales y á los consumidores de los artículos de lujo que del extranjero se importan. Grandes son los perjuicios que ocasiona á esas clases, pero al fin para ellas significa una merma en las utilidades ó un pequeño sacrificio al pagar el refinamiento del paladar ó de la moda. Pero para quien la elevación de los cambios se convierte en verdadera calamidad es para la clase proletaria.

En los países ricos el jornalero que paga cara la alimentación tiene como compensación lo elevado del jornal. Aquí, como país más pobre, mejor dijéramos miserable y manso, el jornal es tan escasísimo que apenas basta á cubrir las primeras necesidades, y esto porque se da como compensación á lo escaso del jornal la baratura de los artículos de primera necesidad, que llevan ya como principal gravamen el derecho de consumos.

Hechas estas ligeras consideraciones podrá apreciarse lo que significa para la vida del obrero, todo lo que venga á encarecer los artículos de que se sustenta.

La elevación de los cambios al tipo actual dificulta y entorpece la vida de las clases mercantiles y hace imposible la de las clases obreras, encarecida por tanto impuesto.

Y la razón es clara: una peseta española solo vale en el extranjero 57 céntimos. Si el cambio estuviera á la par, como pudiera y debiera estar, los artículos de primera necesidad que se importan (bacalaos, judías, garbanzos, etc.), costarían sumamente más baratos; y asimismo la exportación que se hace actualmente de higos, arroz y otras semillas, en cantidades importantes, no encarecerían estos artículos en más del 25 por 100 por la escasez que producen.

Y escribiendo estas líneas recuerdo un hermoso artículo de Alfredo Calderón, que leí el otro día y en el que hacía resaltar, con el relieve que él sabe hacerlo, dos cuadros: El accionista de la Arrendataria de tabacos, que se ufana ante elevada meretriz del gran rendimiento y mejor solución del negocio, sostenido á costa de la ruina agrícola de España, y el plantador de tabaco que, despojado, *por la ley*, del fruto de sus afanes, emigra perdida la salud y viendo en el trayecto morir de hambre á los seres queridos.

Inmitando al escritor insigne pudieran con motivo de los cambios, presentarse también dos cuadros: en el primero los agiotistas y privilegiados que los hacen subir y cobran en oro, para vivir en la holganza y el fausto; en el segundo, y como víctima el pueblo, que al soportar con suicida pasividad su vida de esclavo, aún no hace bastante para los negreros sociales que echan sobre sus cansados hombros el peso, ya insoportable, de un nuevo gravamen.

ALFREDO SAN MARTÍN.